

santo Evangelio, cuyo celo le abrasaba las entrañas al santo mártir; y así no le dejó sosegar un punto, porque luego se partió tercera vez á los hiroqueos, de quien habia sido esclavo, para sacarlos á ellos de la esclavitud de Satanás.

Comenzó su predicacion, y el infierno juntamente á hacerle guerra, y como aquellos bárbaros llevaban tan pesadamente que les fuesen á la mano en sus carnalidades y vicios, que son el mayor impedimento para recibir el Evangelio y la ley santa de Cristo, no pudiendo sufrir sus amonestaciones, le prendieron y con diabólico furor le dieron crueles tormentos; arrancáronle las uñas y cortáronle los dedos pulgares con los dientes, desolláronle vivo y pusieronle láminas ardiendo sobre el cuerpo, y, por último remate, le cortaron la cabeza y la pusieron en el árbol más alto de sus términos, para poner terror á todos los cristianos que siguiesen la doctrina del Evangelio.

Así fué coronado este glorioso mártir, y entró triunfando en el cielo á 18 de octubre de 1646 años, como lo afirma el P. Juan Nadaso, que refiere su martirio; aunque otros dicen que fué el año 1648, por ventura movidos de que entónces vinieron las cartas de su relacion á Roma á nuestro P. General Vicente Carrafa.

P. ANDRADE.

PP. CARLOS GARNIER Y NOEL CHAVANAL

EL Venerable P. Cárlos Garnier fué natural de París, hijo de católicos y nobles padres; nació el año de mil y seiscientos y cinco, para grande gloria de Dios y salvacion de muchas almas.

Desde sus tiernos años fué inclinado á la virtud y á las letras; y conociendo sus padres esta buena inclinacion, le pusieron al estudio, en que aprovechó mucho en poco tiempo; y, para mayor aumento, así de la virtud como de las letras, le entraron en el Convictorio que tiene la Compañía en aquella ciudad, á donde se crían muchos hijos de la gente principal con gran recogimiento y virtud: y con el ejercicio y conferencia de letras que tienen unos con otros, aprovechan mucho más que si estuvieran solos en sus casas.

En este Colegio ó Convictorio se crió nuestro Cárlos, y parece que encendió en él el fervor de espíritu, que conservó toda la vida; porque fué ejemplo

de virtud á todos sus discípulos, devoto, modesto, callado, sujeto, humilde, afable, estudioso y aplicado á las obras de piedad.

Huía de los mozos inquietos, glotonos y mal acostumbrados, y tenia por amigos á los que lo eran de Dios, y lo mostraban en sus buenas costumbres; leía libros devotos y aborrecia de tal suerte los que no lo eran que, hallando acaso en una librería un libro que trataba de cosas lascivas, le compró y le quemó porque ninguno le leyese; y lo mismo hiciera si pudiera con todos los libros semejantes.

El dinero que podia haber á las manos en aquella edad, que sus discípulos gastaban en juegos, comidas y bebidas, él lo daba de limosna, y tenia días señalados cada mes, en que visitaba los pobres encarcelados y les repartía lo que habia acaudalado, para tenerlo seguro en el cielo.

Entró desde luego en la Congregacion de nuestra Señora, con quien tuvo tan cordial devocion desde aquellos tiernos años, que la tomó por su Madre, y como á tal la amaba y servia, y siempre fué su refugio y amparo, y la llamaba mi Madre y mi Señora, haciendo tales obras, que mereciese ser su hijo.

Las primeras acciones de la edad, dice Ciceron, que son en los hombres, como las primeras hojas y flores que brotan los árboles, muestras y pronósticos ciertos de lo que han de ser despues; y así las que dió nuestro Cárlos en los primeros años de su juventud fueron muestras y seguro testimonio de la santidad y celo de la gloria de Dios y provecho de las almas, que habia de tener despues.

Llegando á los diez y nueve años de su edad, y muchos más de virtud, pretendió entrar en la Compañía; no se le encubrieron al padre los intentos de su hijo, y á los principios, ó por el amor y sentimiento, ó por probar su vocacion, se mostró esquivo y sentido, haciéndole resistencia; pero viéndole constante, él mismo le trajo á la Compañía, y en su presencia fué recibido en ella, exhortándole á la perseverancia y á la estima de su vocacion.

Quien con tal fervor de virtud procedió en el siglo en medio de las ocasiones, y cuando la sangre hierve en las venas de la juventud, ¿cuál seria el que tendria en la religion, alentado con el ejemplo de tantos buenos y las exhortaciones de tan santos maestros, y el aliento de los que miraba adelantarse en la perfeccion, los cuales, como enseña S. Gregorio, son como los querubines que tiraban el carro que vió Ezequiel de la gloria de Dios, que volando se herian unos á otros con las alas, porque con su ejemplo se espolean y afervorizan unos á otros los siervos de Dios, para volar en su servicio y llevar su gloria por el mundo?

Esto le sucedió á nuestro Cárlos cuando entró en la religion, que con el ejemplo de sus connovicios se afervorizó de manera, que todo su estudio era

imitar en su vida las virtudes que miraba resplandecer en los otros; y vinole á suceder lo que dice Poncio Diácono, en la vida de S. Cipriano mártir, que imitando las virtudes de otros, se hizo el ejemplo de virtud á todos; porque caminó á la perfeccion á tan largos pasos, que en poco tiempo se hizo un dechado de santidad á todos los religiosos que se miraban en él como en un espejo de perfeccion.

Acabado el noviciado y hechos los primeros votos, estudió Filosofía y despues la Teología. Leyó Latinidad á los seglares, y ejercitose en los ministerios de predicar, confesar y doctrinar á los prójimos, no aflojando jamas en el estudio de la propia perfeccion, que fué siempre su primero y principal cuidado.

Era el primero y más devoto en la oracion, en los exámenes y leccion espiritual. Dije exámenes, porque nunca en las mayores ocupaciones dejó el ordinario de mañana y noche, y el particular de los vicios y virtudes.

Usaba disciplinas de alambre y acero y cilicios asperísimos sembrados de puntas y rosetas de acero, los cuales traia de dia y de noche para macerar su cuerpo despierto y durmiendo. Su cama mucho tiempo fué el suelo, y por regalo una tabla ó alguna estera de juncos ó aneas, que más servia de fatiga que de alivio. Velaba mucho y dormia poco, que así lo hacen los que estudian con cuidado de alcanzar la perfeccion, la cual no se alcanza sin desvelo, mortificacion y diligencia; y el P. Carlos Garnier la tuvo siempre de manera, y con tal fervor de espíritu, que mereció ser escrito entre los muy fervorosos de la Religion.

Doce años gastó fructuosamente en Francia en estas santas obras, al fin de los cuales se llegó el de mil y seiscientos y treinta y seis, en que los reyes de Francia, con santo celo de la religion cristiana, pidieron á la Compañía religiosos de toda virtud que fuesen á la antigua Canadá ó Nueva Francia, á convertir los infieles que la habitan.

En llegando á su noticia esta peticion del rey, se ofreció con gran fervor para esta empresa; y fueron tales sus instancias, que los Superiores, enterados de su fervor y santo celo, le dieron grata licencia para ir á esta mision con otros compañeros que se embarcaron el año de treinta y seis referido.

No esperó llegar á Canadá para ejercitar los aceros de su buen espíritu, porque en la nave predicaba y doctrinaba cada dia á los oficiales y pasajeros, diciéndoles muchos ejemplos y exhortándolos á la confesion y á apartarse de los vicios. Y no fué su trabajo sin fruto, porque muchos se confesaron generalmente, y en particular uno, que con nombre de cristiano hacia vida de gentil, sin tener más ley ni cuidado que su gusto, y hacia diez años que no se confesaba, ni entónces lo hiciera, si el P. Carlos no le hubiera movido

con sus exhortaciones, y atraido con su dulce conversacion y santas palabras con que le trocó en otro hombre, y le redujo á una vida cristiana y tan edificativa cuanto habia sido escandalosa la de ántes.

Llegó á Canadá con feliz navegacion, más llevado del viento del Espíritu Santo que del viento temporal; y, en llegando, comenzó su apostolado predicando y doctrinando á fieles é infieles, confesando y haciendo bien á todo género de personas. Y como el codicioso cazador que ve la caza no se puede contener sin ir á ella, así este obrero fervoroso de la viña del Señor no se podia contener sin ocuparse en la caza espiritual de las almas: y viendo tanto número de gentiles ciegos en sus idolatrías, se deshacia por alumbrarlos, convertirlos y traerlos al conocimiento y servicio de Dios, para lo cual aprendió su lengua perfectísimamente, y luego entró por aquellas selvas y montes á buscarlos y doctrinarlos, sin dejar pueblo, ni rincon, cueva, ni rancho, ni lugar á donde no los buscasse.

Los otros obreros se encargaban de una ú otra reduccion, pero este fervoroso obrero las anduvo todas ayudando á todos, empleando todas sus fuerzas en el servicio de Dios y bien de sus prójimos. Ultimamente, por orden de la obediencia, hizo pié en la reduccion de S. Juan, vecina á los hurones é hiroqueos, de los cuales convirtió en poco tiempo más de seiscientas familias, que poblaron aquella reduccion; y para ganar más las voluntades de los infieles, inventaba varios ardidés espirituales.

Para hacerles bien, tomó oficio de médico, enfermero y boticario para curarlos; y en enfermado alguno, luego estaba á su cabecera, consolándole y curándole. El les guisaba la comida, y les traia las medicinas, y se las aplicaba, y los velaba, y no se apartaba de ellos hasta que los dejaba sanos; y la primera diligencia en las curas de los enfermos era hacer una rogativa al Angel de su Guarda, pidiéndole favor y acierto para curarlos; y fué fama constante que los ángeles le asistian y enseñaban, y tenia familiaridad con ellos, de que fué buen testigo un cristiano enfermo de los recién bautizados, el cual vió al Angel de la Guarda asistir al P. Carlos cuando le curaba; y si le vió un indio recién bautizado, que poco ántes adoraba los ídolos, ¿quién puede dudar que le vería más claramente el varon santo apostólico, á quién asistia y ayudaba, aunque él por su humildad lo callase?

Trece años perseveró en esta espiritual conquista predicando, enseñando, catequizando y bautizando aquellos infieles y reduciéndolos de vida de brutos á la racional y política de cristianos, á costa de inmensos trabajos que fuera largo referirlos, tan cuidadoso de su aprovechamiento y del bien de su alma, que en medio de tantas ocupaciones jamas dejó sus ejercicios espirituales, ni aflojó en sus penitencias, como si fuera pequeña el batallar conti-

nuamente con aquellos bárbaros, domando sus brutales condiciones y trocándolos de fieras en hombres racionales.

Los días gastaba con los hombres y las noches con Dios, que era todo su descanso; todos los días decía Misa, y todos se confesaba ántes de decir-la, preparándose con pureza y oracion para mayor reverencia y fruto de su alma; que los que se descuidan de la propia con pretexto de ganar las ajenas, pierden la suya y no las ganan, como el ascua que se muere no enciende los carbones por el fuego que le falta.

Encendido, pues, en el del Espíritu Santo este varon apostólico, convirtió innumerables infieles en toda aquella tierra, y de selva inculta de vicios, la trocó en celestial paraíso de virtudes; y cuando iba en mayor aumento, permitió el Señor, por sus ocultos juicios, que los infieles hiroqueos rompiesen guerra con los franceses y tomasen las armas contra todos los que adoraban la cruz y creian en Cristo, y en particular contra los predicadores que eran sus caudillos.

Habiendo formado ejército, dieron de improviso sobre la reduccion de S. Juan, adonde habia más de dos mil cristianos convertidos, unos ya bautizados y otros catecúmenos, cuyo maestro y Padre espiritual era el Padre Cárlos.

Cercáronlos por todas partes, y entraron el lugar á fuego y sangre; pusiéronse en huida los que pudieron, y aunque pudo el Padre acompañarlos y salvar su vida, como se lo pidieron, no quiso sino darla como buen pastor por su rebaño, y viendo el incendio tan furioso que abrasaba las casas y las personas, se entraba por las llamas á bautizar los catecúmenos y niños, enviándolos al cielo con el bautismo de fuego y agua.

Viéndole los enemigos andar solícito animando á todos, le tiraron tres arcabuzazos, y derribado en tierra, le desnudaron, invocando él siempre los santísimos nombres de Jesus y de María. Y estando herido y desnudo, vió á otro cristiano agonizando, y olvidado de sí mismo, fué á él arrastrando y le confortó y absolvió en aquel trance, que es el extremo grado de caridad á que puede llegar un apostólico operario, poner la vida por su prójimo y confesar agonizando al que estaba agonizando. Lo cual como viesen los infieles, arrebatados de furor, descargaron sobre su cabeza una segur de hierro con que remató su santa vida, para comenzar la eterna, como valeroso soldado, administrando los Santos Sacramentos como con la espada en la mano.

Su martirio fué á 7 de diciembre de 1649 años, víspera de la Concepcion de nuestra Señora, de quien fué tan devoto, que habia hecho voto de defender su inmaculada pureza muchos años ántes.

Su cuerpo hallaron los nuestros bañado en sangre, y le recogieron y se-

pultaron en la iglesia de Petum, pueblo que edificaron los franceses, adonde le veneran como á santo.

Compañero del santo mártir Cárlos era en aquella reduccion el P. Noel ó Natal Chavanal, natural de Tolosa, que habia entrado en la Compañía de diez y siete años, el de 1630, y pasado á la Nueva Francia el de 1643 con vivos deseos de emplear su vida en la conversion de aquella gente infiel, y, aunque hizo todo lo posible por aprender su lengua, no acaudaló en cinco años poder entender algo de lo que le decian en ella.

Vivia con desconsuelo por no hallarse apto para predicarles, forzado á valerse de intérpretes, y de esta manera trabajaba lo que podia; pero Dios le premió sus buenos deseos, porque viendo el P. Cárlos el peligro que corria su vida con los rumores que andaban de guerra, y la falta que habia de hacer en aquellas reducciones, adonde habia tan pocos obreros y tan copiosa miés, le envió un dia ántes que viniesen los hiroqueos con dos indios á la reduccion de Sta. María que era la más cercana.

Cogióles la noche en el camino, la cual tuvieron en un bosque, y caminando el dia siguiente, volviendo los hiroqueos como victoriosos de la sacrílega matanza que habian hecho en la reduccion de S. Juan, martirizando á tantos inocentes cristianos por odio á la fe de Cristo, alcanzaron á ver al P. Chavanal, que iba con los dos indios, y adelantándose un apóstata á quien el mismo Padre habia bautizado y habia prevaricado de la fe, le alcanzó en la puente de un caudaloso río, y echándole mano le arrojó de la puente abajo y le ahogó en sus aguas, en retorno de la vida que el santo mártir le habia dado en las aguas del bautismo.

Esto sucedió el mismo dia que los tiranos habian muerto á su santo compañero el P. Garnier, ordenándolo así Dios porque fuesen consortes en la corona los que lo habian sido en los trabajos y conversion de los indios. Habia padecido este santo mártir grandes tentaciones de volverse á Francia, combatido de la dificultad de aprender la lengua de los indios, ofreciéndosele que haria más fruto en su tierra entre los franceses; y, para vencer esta tentacion, hizo voto á Dios nuestro Señor de palabra y por escrito firmado de su nombre, de perseverar en la conversion de aquella gentilidad, aunque fuese para sólo servir á los que trabajaban en ella; y cumplióle Dios su buen deseo, quedando su cuerpo entre los indios y coronando su alma con el lauro de mártir en el cielo.

P. ANDRADE.

P. JACOBO VHUTEUX

OTRO insigne obrero en la viña del Señor, fué el P. Jacobo Vhuteux, natural de Abevila de Francia, en la provincia de Picardía, hombre de alta oracion, igual mortificacion y celo de las almas, en cuyo aprovechamiento trabajó incansablemente todo el resto de su vida y convirtió muchas almas á Dios, sacándolas de las tinieblas de la infidelidad á la luz del santo Evangelio.

Entró en la Compañía el año de mil seiscientos y veinte, siendo de edad de veinte años, y pasó á la Nueva Francia el de mil y seiscientos y treinta y cuatro, adonde trabajó diez y ocho gloriosísimamente, predicando y enseñando á aquella gente bárbara y agreste, á costa de inmensas fatigas, pero con grande fruto, alumbrando provincias y reinos con la luz de su doctrina, y reengendrando en Cristo las almas de aquellos infieles en las aguas del santo bautismo.

En premio de tan gloriosos empleos coronó Dios la suya con otro nuevo bautismo hecho de su propia sangre, el cual recibió el año de mil y seiscientos y cincuenta y dos, á diez de mayo, en aquella inculta tierra, que habia labrado para Cristo, y sucedió de esta suerte.

El santo mártir, llevado del gran fervor de su espíritu, entró muchas leguas la tierra á dentro á predicar y enseñar á otras naciones de diferente lengua, que estaban en la sombra de la muerte, sin rayo de luz del Evangelio ni noticias de la fe de Cristo, las cuales les dió el apostólico predicador con los resplandores de su doctrina, sacándolas de las tinieblas en que estaban y trayéndolas al gremio de la Iglesia.

Alcanzada esta victoria, volvía triunfante, cargado de inestimables despojos de los recién convertidos que le acompañaban, cuando, armando el infierno sus huestes, le salió al encuentro con un ejército de hiroqueos, enemigos de la fe de Cristo y de sus predicadores, á los cuales tienen por magos y hechiceros, como antiguamente los gentiles á los cristianos, por quien Dios obraba los milagros. Este ejército dió en el rebaño del Señor, y, como lobos rabiosos, se cebaron en aquellos corderos, y no se hartando de su sangre, los hirieron, arcabucearon, apalearon y mataron, quitándoles la vida del cuerpo para empezar la de sus almas, las cuales volaron gloriosas al cielo, capitaneándolas su santo maestro, el cual, como lo fué en la santidad y doctrina, lo fué tambien en el martirio, recibiendo los primeros golpes de los enemi-

gos, y animando á todos con sus palabras y ejemplo á dar las vidas por la fe que profesaban, como lo hicieron con grandísima constancia, naciendo al mismo tiempo para Cristo en su Iglesia por medio del bautismo, y para el cielo en la gloria por medio del martirio, el cual escribieron los Padres de aquella reduccion al P. General de la Compañía, en las cartas *Anuas* del año de mil y seiscientos y cincuenta y dos, en que sucedió, de las cuales se ha sacado lo que aquí se ha escrito, aunque el día puntualmente no se ha sabido.

P. ANDRADE.

